

Reconstruir la unidad del frente del trabajo

Samir Amin

Publicado en ALAINET, 2008

La conjunción de la revolución científica y tecnológica en curso (en particular de su dimensión informática) y de las estrategias socioeconómicas implementadas por las fuerzas dominantes (y particularmente por el segmento más poderoso del capital constituido por las transnacionales) ha traído consigo transformaciones profundas en la organización del trabajo y por tanto en el mundo del trabajo.

El método de producción denominado “fordista” que caracterizó a más de la mitad del siglo anterior, basado en la concentración de grandes industrias mecanizadas y el acceso a mercados poco diferenciados de consumo masivo, estructuró de una manera particular tanto las jerarquías del mundo del trabajo (obreromasa, cuadros, dirección) como la nueva vida social urbana.

Este método de producción creó también las condiciones para los procedimientos de las negociaciones colectivas (sindicatos- patronos), como la base del Estado de Bienestar.

Las formas de organización dominantes entonces (partidos socialistas y comunistas, sindicatos de masa), como las vinculadas a la conducción de las luchas (huelgas y negociaciones, manifestaciones y elecciones) producidas en este marco, resultaban eficaces y por consiguiente creíbles y legítimas.

El funcionamiento del conjunto de estos mecanismos garantizó en los centros capitalistas desarrollados un elevado nivel del empleo (el casi “pleno empleo” y la seguridad social), y la estabilización en la distribución de los ingresos.

Los límites del sistema -ideologías y prácticas patriarcales, o incluso machistas; derroche de los recursos naturales y menosprecio del medio ambiente- fueron objeto de las críticas de los movimientos de mujeres y ecologistas, que modificaron progresivamente las conciencias populares en estos aspectos.

En la esfera del socialismo realmente existente, también se había implementado sistemas parecidos al anteriormente mencionado, justificados por la voluntad de “desquitarse” con la aceleración de la modernización -urbanización- industrialización planificada. Los límites del sistema -derroches en las inversiones, pero sobre todo la ausencia de una práctica democrática, que era sustituida por la línea impuesta por el partido- constituyen, evidentemente, la causa de su crisis y su hundimiento posterior.

En las periferias del sistema mundial, en cambio, este mismo modelo solo pudo aplicarse muy parcialmente –en el mejor de los casos-, en los nichos “modernizados-industrializados” (en China, la India, Sudeste asiático, mundo árabe, América Latina), nadando en un océano poco y -sobre todo- mal integrado en el conjunto nacional.

Las fórmulas políticas de gestión de este “dualismo” entre el sector formal moderno y los mundos campesinos e informales implicaban generalmente una “orientación” no democrática y la prohibición de la expresión directa de las clases dominadas.

El éxito del nacional populismo, a través del cual se expresaba esta gestión, respondía a las aperturas que ofrecía a través de la movilidad social ascendente y la expansión de nuevas clases medias. En la actualidad, con el neoliberalismo dominante, se ha virado la página de esta historia.

La escena actualmente es dominada por la descomposición rápida / recomposición lenta de la organización del mundo del trabajo. En los centros relativamente privilegiados este proceso de transformación profunda se caracteriza por la reaparición del desempleo masivo, la flexibilidad, la precarización de numerosos empleos, y se remata con la reaparición

de fenómenos como el de la “pobreza” (que revive el lenguaje de la “caridad” del siglo XIX) y la acentuación de todo tipo de desigualdades, interpelando a su vez las tradiciones democráticas en crisis.

Pero simultáneamente este hecho desencadena la recomposición de nuevas formas de organización del trabajo, cuyo análisis en términos de “redes” constituye la expresión más evidente, aunque se formula a veces en términos ingenuos por exceso de “optimismo”.

En las periferias del sistema la evolución es considerablemente más dramática. La integración de las reservas campesinas en la esfera administrada por los principios del neoliberalismo, el estancamiento, cuando no el retroceso, de los nichos modernizados o incluso su expansión en formas regidas por la flexibilidad / precariedad del trabajo, se completan con un crecimiento gigantesco de “lo informal” con sus deplorables consecuencias sociales (“tugurización”...).

En todo caso, esta “crisis sistémica” cuestiona las formas de organización y luchas de la etapa previa, que se expresa en crisis de los partidos (y de la política), crisis de los sindicatos, confusión y fragmentación de los “movimientos”.

Por otra parte, la globalización impone respuestas que van dirigidas simultáneamente a los trabajadores urbanos de los centros y periferias y a las masas campesinas de estas últimas. Al no tener en cuenta la interdependencia de las condiciones imperantes para unos y otras, las respuestas populares adoptadas corren el riesgo de ser incoherentes y por lo tanto poco eficaces.

La nueva problemática laboral

La población urbana del Planeta representa ya alrededor de la mitad de la humanidad, o sea al menos tres mil millones de individuos, la otra mitad son campesinos.

En la fase contemporánea de evolución capitalista, las clases dominantes, propietarios formales de los principales medios de producción y mandos superiores asociados a su operación, sólo representan una fracción muy pequeña de la población global, si bien perciben una porción mucho mayor del ingreso a disposición de sus sociedades.

Se añaden las clases medias en el sentido antiguo del término: no asalariados, propietarios de pequeñas empresas (y cuadros medios) que no necesariamente están en declive.

Pero la gran masa de los trabajadores de los segmentos modernos de la producción está constituida por asalariados, cuya proporción supera entonces las cuatro quintas partes de la población urbana de los centros desarrollados.

Esta masa se divide al menos en dos categorías, cuya frontera es a la vez visible del exterior para el observador, y vivida realmente como tal en la conciencia de los individuos.

Hay aquellos que se pueden calificar de clases populares “estabilizadas” en el sentido que tienen relativa seguridad en su empleo, gracias, entre otras, a sus calificaciones profesionales que les dan un poder de negociación con los patronos y, por lo tanto, a menudo están organizados, en algunos países por lo menos, en sindicatos poderosos. En todos los casos esta masa cuenta con un peso político que refuerza su capacidad de negociación.

Los otros constituyen las clases populares precarizadas, conformadas por asalariados vulnerados por su baja capacidad de negociación (a causa de su escasa calificación, de su estatuto de no ciudadanos, o de su sexo femenino), y por no asalariados (desempleados formales, trabajadores del sector informal pobre).

Se puede calificar esta segunda categoría de las clases populares de “precarizados”, antes que como “poco o no integrados” (*a fortiori* “marginalizados”),

porque estos trabajadores están totalmente integrados en las lógicas sistémicas que controlan la acumulación del capital.

Al cruzar la información disponible para los países desarrollados y para algunos países del Sur (cuyos datos se extrapolan) se obtiene una escala de proporciones que cada una de las categorías definidas anteriormente representa en la población urbana del planeta

Si bien los centros sólo reúnen un 18% de la población del planeta, su población urbana representa, sin embargo, un tercio de la población urbana mundial.

Si el conjunto de las clases populares reúne las tres cuartas partes de la población urbana del mundo, el subconjunto constituido por los precarizados representa hoy el 40% de las clases populares en los centros, el 80% en las periferias o sea dos tercios de las clases populares a escala mundial. Es decir, también las clases populares precarizadas representan la mitad (al menos) de la población urbana mundial, constituyen hasta un total de más del 80% en las periferias, en una proporción que asciende a los dos tercios de la población urbana de las periferias y a la cuarta parte de la de los centros.

Una mirada sobre la composición de las clases populares urbanas hace medio siglo, inmediatamente después de la segunda Guerra Mundial, pone de manifiesto que las proporciones que caracterizaban la estructura de las clases populares eran a la época muy diferentes de lo que pasaron a ser ahora.

La parte del tercer mundo no superaba entonces la mitad de la población urbana global (en la época, del orden de mil millones de individuos) contra dos tercios hoy. No había aún, en ese entonces, megapolis como las que se conocen hoy en prácticamente todos los países del Sur. Sólo había algunas grandes ciudades, en particular en China, India y América Latina.

En los centros, las clases populares se beneficiaron, en el período posterior a la segunda Guerra Mundial, de una situación excepcional basada en el compromiso histórico impuesto al capital por las clases obreras que permitían la estabilización de la mayoría de los trabajadores en las formas de organización del trabajo conocidas bajo el nombre de sistema fordista de la gran fábrica. En las periferias la proporción de los precarizados, cada vez más fuerte, no superaba la mitad de las clases populares (contra más de un 70% hoy), dado que la otra mitad estaba compuesta todavía, por una parte de asalariados estabilizados en las formas de la nueva economía colonial y la sociedad modernizada, y por otra parte en las formas antiguas de las actividades artesanales.

